CAPÍTULO 1:
La llegada a Belgravia

El destino tiene una manera peculiar de disfrazarse de oportunidad.
A veces, llega en forma de una carta inesperada; otras veces, como una puerta que se abre cuando menos lo esperamos.

Amy Lorrain
Londres, abril de 1912

El carruaje se detuvo frente a una imponente mansión georgiana en Belgrave Square, y Amy Lorrain sintió que su corazón se aceleraba mientras contemplaba lo que sería su nuevo hogar. La residencia de la familia Whitmore se alzaba majestuosa entre las elegantes casas de la zona más exclusiva de Londres, con su fachada de piedra blanca inmaculada y sus ventanas que brillaban bajo el sol primaveral.

Amy descendió del carruaje con la gracia natural que había desarrollado durante sus años en St. Catherine, a pesar de las circunstancias humildes de su crianza. A los dieciocho años, era una joven de belleza extraordinaria: su tez de porcelana parecía

haber sido esculpida por un artista, y sus ojos verdes esmeralda captaban la luz de una manera que hacía que quienes la miraran se detuvieran por un momento, como si hubieran visto algo mágico.

El mayordomo, un hombre distinguido de mediana edad llamado Pemberton, la recibió con la cortesía formal que caracterizaba a las grandes casas londinenses.

—Señorita Lorrain, bienvenida a la residencia Whitmore. Los señores la esperan en el salón principal.

Amy siguió a Pemberton a través de un vestíbulo que la dejó sin aliento. El suelo de mármol italiano reflejaba la luz que se filtraba a través de una claraboya de cristal emplomado, y las paredes estaban adornadas con retratos de antepasados y paisajes de maestros reconocidos. Era un mundo completamente diferente al austero orfanato de Yorkshire.

En el salón principal la esperaban el señor Edmund Whitmore y su esposa, lady Catherine Whitmore. Edmund era un hombre de unos cuarenta y cinco años, alto y distinguido, con el cabello gris en las sienes que le daba un aire de autoridad natural. Sus ojos, de un azul grisáceo, examinaron a Amy con la mirada calculadora del hombre de negocios exitoso que era.

Lady Catherine, por su parte, era una mujer elegante de unos cuarenta años, con cabello castaño recogido en un elaborado peinado y vestida con un

traje de seda verde botella que realzaba su figura aún esbelta. Había algo en su expresión que sugería una inteligencia aguda, pero también una cierta frialdad que hizo que Amy se sintiera inmediatamente cautelosa.

—Señorita Lorrain —dijo lady Catherine, examinando a Amy de pies a cabeza con una mirada que no perdía detalle—. La madre superiora de St. Catherine nos ha hablado muy bien de usted. Dice que posee una educación excepcional para alguien de su... procedencia.

Amy sintió el peso de esas palabras, pero mantuvo la compostura.

—Gracias, lady Catherine. Estoy muy agradecida por esta oportunidad.

—Esperamos que entienda —continuó lady Catherine—, que en esta casa mantenemos los más altos estándares. Nuestra hija Margaret ha tenido dificultades con institutrices anteriores, y confiamos en que usted será diferente.

—Haré todo lo posible por cumplir con sus expectativas —respondió Amy con una seguridad que sorprendió incluso a ella misma.

Edmund Whitmore, que había permanecido en silencio observando el intercambio, finalmente habló.

—Margaret tiene catorce años y es... digamos, una joven de carácter fuerte. Ha heredado la inteligencia de la familia, pero también cierta tendencia a la rebeldía que esperamos que usted pueda canalizar de manera constructiva.

Amy fue conducida a sus habitaciones en el tercer piso por la señora Hartwell, el ama de llaves, una mujer robusta y maternal que inmediatamente le inspiró confianza.

—No se preocupe demasiado por los señores —le susurró la señora Hartwell mientras subían las escaleras—. Lady Catherine puede parecer fría al principio, pero tiene buen corazón. Y el señor Edmund es un hombre justo, aunque muy ocupado con sus negocios.

Las habitaciones de Amy consistían en un dormitorio pequeño pero cómodo, con una cama de hierro forjado, un escritorio junto a la ventana, y un armario de roble. Lo que más la impresionó fue la vista: desde su ventana podía ver el jardín posterior de la mansión, donde crecía un magnolio joven que le recordó inmediatamente al árbol bajo el cual había crecido en St. Catherine.

Esa tarde conoció a Margaret Whitmore e, inmediatamente, entendió por qué las institutrices anteriores habían tenido dificultades. Margaret era una joven hermosa, con cabello rubio dorado y ojos azules, pero había algo desafiante en su mirada que sugería que no aceptaría autoridad fácilmente.

—Así que usted es la nueva institutriz —dijo Margaret, examinando a Amy con una mirada calculadora—. Supongo que mamá no le ha dicho que las últimas tres se fueron llorando.

Amy se las arregló para mantener la compostura.

—Buenos días, señorita Margaret. Soy Amy Lorrain, y espero que podamos ser amigas además de maestra y alumna.

Margaret soltó una risa despectiva.

—¿Amigas? Una institutriz huérfana y la hija de una de las familias más prominentes de Londres. Qué idea tan... pintoresca.

Amy sintió una punzada de dolor ante las palabras crueles, pero también reconoció algo familiar en la actitud de Margaret: la misma defensividad que había visto en algunas de las niñas más heridas de St. Catherine.

—Tiene razón —dijo Amy con mucha calma—. Vengo de circunstancias muy diferentes a las suyas. Pero eso no significa que no pueda ofrecerle algo valioso. A veces, las perspectivas diferentes pueden enriquecer nuestro entendimiento del mundo.

Margaret la miró con sorpresa, como si no hubiera esperado esa respuesta.

*

Durante los días siguientes, Amy se dedicó a establecer una rutina con Margaret. Las mañanas estaban dedicadas a francés, historia y literatura, mientras que las tardes se reservaban para música, arte y lo que Amy llamaba *conversación cultivada*. Margaret se resistió al principio, pero gradualmente Amy comenzó a notar grietas en su armadura de desdén.

Fue durante una lección de literatura, cuando Amy recitó un poema de Elizabeth Barrett Browning, que Margaret mostró su primer signo de interés genuino.

—¿Cómo puede escribir sobre el amor con tanta pasión? —preguntó Margaret, refiriéndose a la poetisa—. ¿No era una inválida que apenas salía de su habitación?

—Precisamente por eso —respondió Amy—. A veces, las experiencias más intensas nacen de las limitaciones más grandes. El amor que no puede expresarse libremente a menudo se vuelve más poderoso, más puro.

Margaret consideró esto en silencio, y Amy vio un destello de vulnerabilidad en sus ojos azules.

—¿Usted ha estado enamorada alguna vez? —preguntó Margaret súbitamente.

Amy sintió que se ruborizaba ligeramente.

—No, pero espero estarlo algún día. Creo que el amor verdadero es una de las experiencias más hermosas que puede tener un ser humano.

—Mamá dice que el amor es un lujo que las mujeres de nuestra posición no pueden permitirse. Dice que el matrimonio es una alianza estratégica, no un romance.

Amy sintió una profunda tristeza por la joven.

—Su madre tiene experiencia en el mundo social, es cierto. Pero yo creo que es posible encontrar tanto amor como conveniencia, si una tiene la paciencia y la sabiduría para buscar en el lugar correcto.

Esa noche, Amy escribió en su diario:

Margaret es como un jardín hermoso que ha sido descuidado. Bajo esa fachada de desdén y rebeldía, hay una joven inteligente y sensible que ha sido herida por las expectativas del mundo que la rodea. Creo que puedo ayudarla a florecer, pero necesitará tiempo y paciencia.

Mientras escribía, Amy pensó en Sophie, que estaría en St. Catherine luchando contra su enfermedad. Se había prometido a sí misma que encontraría una manera de ayudar a su querida amiga, pero aún no sabía cómo.

La oportunidad llegó de una manera inesperada.

CAPÍTULO 2:
El secreto revelado

Los secretos tienen una manera de revelarse
en el momento más inesperado,
como flores que florecen cuando
menos lo esperamos.

Amy Lorrain

Una tarde de mayo, mientras Amy organizaba libros en la biblioteca de la mansión, la señora Hartwell entró con una expresión inusualmente seria.

—Señorita Lorrain, ¿podría acompañarme a mi habitación? Hay algo que debo mostrarle.

Intrigada, Amy siguió al ama de llaves hasta sus aposentos en el sótano de la mansión. La habitación de la señora Hartwell era pequeña pero acogedora, decorada con fotografías familiares y recuerdos de sus años de servicio.

—Siéntese, querida —dijo la señora Hartwell, señalando una silla junto a la pequeña mesa de té—. Lo que voy a decirle puede ser perturbador, pero creo que tiene derecho a saberlo.

Amy se sentó, sintiendo que su corazón comenzaba a latir más rápido.

La señora Hartwell abrió un cofre de madera y sacó una carta amarillenta.

—Esta carta llegó para mí hace tres días, de la madre superiora de St. Catherine. Contiene información sobre usted que... bueno, que cambia todo.

Con manos temblorosas, Amy tomó la carta y comenzó a leer:

Estimada señora Hartwell:

Espero que esta carta la encuentre bien. Me dirijo a usted porque sé que puede confiar en su discreción y su bondad.

La joven Amy Lorrain, que ahora sirve como institutriz en la casa Whitmore, no es la huérfana sin familia que todos creemos. Su madre fue Eleanor Whitmore, la hermana menor del señor Edmund Whitmore.

Eleanor tuvo una aventura amorosa con un hombre casado cuando era muy joven. Cuando nació Amy, la familia Whitmore, para evitar el escándalo, decidió que lo mejor era que la niña fuera criada en secreto. Eleanor murió cuando Amy tenía cinco años, de tuberculosis, pero antes de morir me confió la verdad y me pidió que guardara el secreto hasta que Amy fuera mayor de edad.

Amy es, por tanto, la sobrina del señor Edmund Whitmore y prima de la señorita Margaret. Creo que es hora de que conozca la verdad sobre su origen.

Adjunto a esta carta encontrará el collar que perteneció a Eleanor, que ella quería que Amy tuviera cuando fuera mayor.

Con mis bendiciones y oraciones.

Madre superiora Margaret Thornfield.

Amy dejó caer la carta, sintiendo como si el mundo hubiera cambiado completamente a su alrededor. La señora Hartwell le entregó una pequeña caja de terciopelo que contenía un delicado collar de perlas con un colgante en forma de magnolia.

—¿Soy... soy prima de Margaret? —susurró Amy.

—Sí, querida. Y eso explica muchas cosas: por qué la familia la aceptó tan fácilmente como institutriz, por qué lady Catherine la trata con más respeto del que normalmente mostraría a alguien de su supuesta posición.

Amy se quedó en silencio durante largos minutos, procesando la información. Finalmente, preguntó:

—¿Ellos lo saben?

—No lo creo. La madre superiora dice en su carta que solo ella conocía el secreto. Pero Amy, querida, esto significa que usted tiene familia. Tiene un lugar en este mundo.

Amy sintió lágrimas corriendo por sus mejillas, pero no sabía si eran de alegría o de confusión.

—¿Qué debo hacer? ¿Debo decírselo?

La señora Hartwell consideró la pregunta cuidadosamente.

—Esa decisión debe ser suya, querida. Pero si me permite un consejo, esperaría hasta conocer mejor a la familia. Observe cómo la tratan, cómo reaccionan a usted. Cuando sienta que es el momento correcto, entonces podrá decidir si revelar la verdad.

Esa noche, Amy se quedó despierta durante horas, mirando el collar de su madre y pensando en las implicaciones de lo que había descubierto. Margaret no era solo su alumna; era su prima. Los Whitmore no eran solo sus empleadores; eran su familia.

Pero también pensó en Sophie: sola, enferma y recluida en aquel austero hospital de St. Catherine, donde el eco de los pasos se confundía con el murmullo de las enfermeras y el olor a enfermedad. Amy no podía apartar su imagen de la mente: el rostro pálido, los ojos cansados, la sonrisa obstinada que aún intentaba iluminar la habitación. Ahora que conocía la verdad sobre su parentesco, un lazo nuevo, invisible y profundo la unía a ella. Tal vez, pensó que habría una manera de ayudarla, de ofrecerle algo más que cartas y buenos deseos.

La oportunidad llegó una semana después. Era una mañana tranquila y clara, con el sol filtrándose entre los visillos del salón y el aroma del té recién servido flotando en el aire. Margaret estaba recostada en el diván, hojeando distraídamente el paso del tiempo, cuando, sin levantar la vista, suspiró:

—A veces desearía tener una hermana —dijo Margaret durante una de sus lecciones—. Alguien con quien compartir secretos, con quien reír.

Amy vio su oportunidad.

—¿Qué pensaría de tener una compañera? Una joven de su edad que pudiera ser su amiga además de compartir sus lecciones.

Margaret se enderezó con interés.

—¿Conoce a alguien así?

—Sí —respondió Amy cuidadosamente—. Una joven llamada Sophie Palmer. Es muy inteligente, amable, y creo que se llevarían muy bien.

—¿Es pariente nuestra?

Amy sintió que su corazón se aceleraba, pero mantuvo la voz firme.

—Es una pariente lejana que ha caído en circunstancias difíciles. Está en un orfanato en Yorkshire, pero su educación y modales son excelentes.

Margaret consideró la propuesta.

—¿Podría hablar con mamá sobre esto?

—Si usted lo desea, podría mencionárselo. Pero sería mejor si la idea viniera de usted.

Esa tarde, Margaret se acercó a su madre con la propuesta entre las manos, casi temiendo interrumpir el tranquilo momento que latía en el ambiente. Amy escuchó desde el pasillo mientras Margaret explicaba su deseo de tener una compañera.

—¿Una pariente lejana, dices? ¿Y Amy la conoce?

—Sí, mamá. Aunque no es realmente de la familia —aclaró con suavidad—. La llama *pariente* porque la quiere como si lo fuera. Siempre ha sentido un gran aprecio por ella. Dice que es una joven muy refinada, a pesar de sus circunstancias actuales.

Lady Catherine consideró la propuesta.

—Supongo que podríamos hacer una obra de caridad. Si esta joven Sophie es realmente de la familia, aunque sea lejana, sería apropiado ayudarla. Y tú necesitas compañía de alguien de tu propia clase social.

Amy sintió una oleada de alivio y gratitud. Su plan estaba funcionando.

Una semana después, Sophie Palmer llegó a la mansión Whitmore en Belgrave Square. Amy la esperaba en el vestíbulo, y cuando vio a su querida amiga descender del carruaje, tuvo que contener las lágrimas de alegría.

Sophie se veía más frágil que nunca, pero sus ojos azules brillaban con la misma dulzura de siempre. Llevaba un vestido sencillo pero limpio, y su cabello rubio dorado estaba peinado con esmero.

—Amy —susurró Sophie cuando se abrazaron brevemente—, no puedo creer que hayas logrado esto.

—Bienvenida a casa —murmuró Amy y, por primera vez en su vida, sintió que esas palabras tenían un significado real.

CAPÍTULO 3:
Nuevas amistades

La amistad verdadera es como un jardín:
requiere cuidado, paciencia y amor para florecer,
pero una vez que echa raíces,
puede resistir cualquier tormenta.

Amy Lorrain

La llegada de Sophie a la mansión Whitmore marcó el comienzo de una nueva era para todos los habitantes de la casa. Margaret, que inicialmente había mostrado cierta reserva hacia la recién llegada, pronto se sintió cautivada por la dulzura natural y la inteligencia sutil de Sophie.

—Es tan diferente de las otras jóvenes que conozco —le confió Margaret a Amy una tarde mientras observaban a Sophie leer en el jardín—. No es pretenciosa ni calculadora. Es... genuina.

Amy sonrió, sintiendo una profunda satisfacción al ver a sus dos personas favoritas desarrollar una amistad.

—Sophie tiene esa cualidad especial de hacer que otros se sientan cómodos siendo ellos mismos.

Sophie se adaptó a la vida en la mansión con una gracia que impresionó a todos. A pesar de su salud

frágil, participaba en las lecciones con Margaret, mostrando una inteligencia aguda y una sed de conocimiento que rivalizaba con la de Amy. Lady Catherine, inicialmente escéptica sobre la presencia de otra joven en la casa, pronto se encontró encantada con los modales impecables y la conversación cultivada de Sophie.

—Es una joven muy refinada —le comentó lady Catherine a su esposo una noche durante la cena—. Claramente ha recibido una educación excelente, a pesar de sus circunstancias. Amy ha hecho una excelente recomendación.

Edmund Whitmore asintió, aunque Amy notó que a veces la observaba con una expresión pensativa, como si estuviera tratando de recordar algo.

Las tardes en el jardín se convirtieron en el momento favorito del día para las tres jóvenes. Se sentaban bajo el magnolio, ahora en plena floración primaveral, mientras Amy dirigía las lecciones de literatura y Sophie y Margaret discutían los textos con una pasión que deleitaba a su institutriz.

—¿Creen que es posible que una mujer tenga una carrera además de ser esposa y madre? —preguntó Margaret una tarde, después de leer un ensayo sobre los derechos de la mujer.

Sophie consideró la pregunta cuidadosamente.

—Creo que las mujeres son capaces de mucho más de lo que la sociedad les permite mostrar. Pero también creo que el cambio debe venir gradualmente, para que sea duradero.

—Yo pienso que cada mujer debe tener la libertad de elegir su propio camino —añadió Amy—. Algunas encontrarán su felicidad en el matrimonio y la maternidad, otras en una carrera, y algunas afortunadas podrán tener ambas.

Margaret asintió pensativamente.

—Me gustaría ser escritora algún día. O quizás trabajar en una de las organizaciones benéficas de mamá.

—¿Y tú, Sophie? —preguntó Amy—. ¿Qué sueños tienes para el futuro?

Sophie sonrió con una tristeza que Amy conocía bien.

—Mis sueños son más simples. Me gustaría ver el mundo, conocer gente interesante, quizás enamorarme de un hombre bueno que no se preocupe por mi falta de fortuna.

Amy sintió una punzada de dolor al escuchar la resignación en la voz de Sophie. Su amiga era consciente de que su salud frágil y su falta de dote limitaban sus opciones en la vida.

Fue durante una de estas tardes en el jardín que recibieron su primera visita masculina. Thomas Grey, primo segundo de lady Catherine, había venido a Londres desde su propiedad en Gloucestershire para atender algunos asuntos familiares.

Amy lo vio por primera vez cuando cruzaba el jardín hacia donde ellas estaban sentadas. Era un hombre joven, de unos veinticinco años, alto y elegante, con cabello castaño oscuro y ojos grises que

brillaban con inteligencia. Vestía con la elegancia casual de la aristocracia rural, y había algo en su porte que sugería tanto confianza como amabilidad.

—Disculpen la interrupción, señoritas —dijo Thomas, haciendo una reverencia elegante—. Soy Thomas Grey, primo de lady Catherine. Me dijeron que podría encontrarla aquí.

Margaret se puso de pie inmediatamente.

—Primo Thomas, qué sorpresa tan agradable. Mamá está en el salón, pero permíteme presentarte a mis amigas.

Amy sintió que su corazón se aceleraba mientras Margaret hacía las presentaciones. Cuando Thomas se volvió hacia ella, sus ojos se encontraron, y Amy sintió una conexión inmediata que la sorprendió por su intensidad.

—Señorita Lorrain —dijo Thomas, tomando su mano y besándola ligeramente—. He oído hablar mucho de la excelente institutriz de Margaret. Es un placer conocerla finalmente.

—El placer es mío, señor Grey —respondió Amy, esperando que su voz sonara más firme de lo que se sentía.

Cuando Thomas se volvió hacia Sophie, Amy notó que sus ojos se demoraron en el rostro delicado de su amiga con una expresión de admiración evidente.

—Y usted debe ser la señorita Sophie Palmer —dijo Thomas—. Margaret me ha escrito sobre su nueva compañera.

Sophie hizo una reverencia graciosa, y Amy vio que se ruborizaba ligeramente bajo la mirada admirativa de Thomas.

—Es muy amable, señor Grey. Margaret ha sido una anfitriona maravillosa.

Thomas se quedó conversando con ellas durante media hora, y Amy se sintió impresionada por su inteligencia y su manera fácil de conversar. Era evidente que había recibido una educación excelente, pero no había pretensión en su manera de hablar. Discutió literatura con la misma facilidad que política, y mostró un interés genuino en las opiniones de las tres jóvenes.

—¿Puedo preguntarle qué la llevó a convertirse en institutriz, señorita Lorrain? —preguntó Thomas en un momento.

Amy sintió que se tensaba ligeramente, pero respondió con honestidad.

—Las circunstancias de mi nacimiento no me dieron muchas opciones, señor Grey. Pero he descubierto que enseñar es algo que disfruto genuinamente.

—Una actitud admirable —respondió Thomas—. Creo que la educación es una de las fuerzas más poderosas para el bien en el mundo.

Cuando Thomas finalmente se excusó para ir a ver a lady Catherine, Amy notó que sus ojos se demoraron una vez más en Sophie.

—Es muy apuesto —comentó Margaret después de que Thomas se fuera—. Y muy elegible. Heredará una propiedad considerable cuando su padre muera.

Amy sintió una punzada de algo que no quiso examinar demasiado de cerca.

—Parece un caballero muy agradable —dijo cuidadosamente.

—¿Notaron cómo miraba a Sophie? —preguntó Margaret con una sonrisa traviesa—. Creo que nuestra querida amiga ha hecho una conquista.

Sophie se ruborizó profundamente.

—No digas tonterías, Margaret. Un hombre como el señor Grey nunca se fijaría seriamente en alguien como yo.

—¿Por qué no? —preguntó Amy, aunque sintió una extraña mezcla de emociones al hacer la pregunta—. Eres hermosa, inteligente y de buena familia.

—Pero no tengo dote —respondió Sophie pragmáticamente—. Y mi salud es frágil. Los hombres de la posición del señor Grey necesitan esposas que puedan darles hijos fuertes y traer conexiones ventajosas a la familia.

Amy sintió una profunda tristeza por su amiga, pero también una determinación de demostrar que estaba equivocada.

La oportunidad llegó más pronto de lo esperado. Thomas comenzó a visitar la mansión Whitmore con frecuencia creciente, siempre con alguna excusa plausible: traer noticias de la familia, consultar con Edmund sobre asuntos de negocios, o simplemente hacer una visita social.

Amy pronto se dio cuenta de que las verdaderas razones de Thomas para visitar eran las tardes en

el jardín con las tres jóvenes. Parecía genuinamente disfrutar de su compañía, y Amy notó que siempre encontraba maneras de sentarse cerca de Sophie y dirigir la conversación hacia temas que sabía que la interesarían.

Una tarde, Thomas trajo consigo a un amigo: Samuel Morrison, un joven periodista de familia respetable que trabajaba para The Times. Sam era diferente de Thomas en muchos aspectos: donde Thomas era elegante y aristocrático, Sam era más robusto y directo, con el cabello rubio rojizo y ojos azules brillantes que sugerían una mente siempre activa.

—Sam es mi mejor amigo desde Eton —explicó Thomas mientras hacía las presentaciones—. Y uno de los periodistas más prometedores de Londres.

Sam se mostró inmediatamente encantado con la compañía de las tres jóvenes, pero Amy notó que sus ojos se fijaron en Sophie con una intensidad que rivalizaba con la de Thomas.

—Es un placer conocer a las famosas señoritas de Belgrave Square —dijo Sam con una sonrisa encantadora—. Thomas no ha parado de hablar de ustedes.

Amy observó con fascinación cómo se desarrollaba la dinámica entre los dos hombres y Sophie. Thomas, con su elegancia natural y su posición social, claramente tenía ventajas, pero Sam compensaba con su ingenio rápido y su conversación animada.

Sophie, por su parte, parecía genuinamente disfrutar de la atención de ambos hombres, aunque Amy notó que se ruborizaba más cuando Thomas le hablaba directamente.

—¿Qué opina del movimiento sufragista, señorita Sophie? —preguntó Sam durante una de sus conversaciones—. Como periodista, he estado siguiendo sus actividades con gran interés.

Sophie consideró la pregunta cuidadosamente.

—Creo que las mujeres deberían tener voz en las decisiones que afectan sus vidas. Pero también creo que el cambio debe venir de manera que no destruya la estructura social que proporciona estabilidad a la sociedad.

—Una respuesta muy diplomática —comentó Thomas con admiración—. Muestra tanto principios como sabiduría práctica.

Amy se sintió orgullosa de su amiga, pero también notó una creciente tensión entre Thomas y Sam. Era evidente que ambos estaban desarrollando sentimientos serios por Sophie.

La situación llegó a un punto crítico una tarde cuando Amy encontró a Thomas solo en el jardín, aparentemente esperando a que las jóvenes salieran para su sesión habitual.

—Señorita Lorrain —dijo Thomas, acercándose a ella con una expresión seria—. ¿Podría hablar con usted en privado?

Amy sintió que su corazón se aceleraba, pero asintió.

—Por supuesto, señor Grey.

Thomas la condujo hasta un banco bajo el magnolio, donde se sentaron en un silencio momentáneo.

—Debo confesarle algo —dijo Thomas finalmente—. He desarrollado sentimientos muy profundos por la señorita Sophie.

Amy sintió como si le hubieran dado un golpe en el pecho, pero mantuvo la compostura.

—Ya veo.

—Sé que mi posición social y la suya son muy diferentes —continuó Thomas—. Pero creo que el amor verdadero puede superar tales obstáculos. ¿Cree usted que ella podría corresponder mis sentimientos?

Amy luchó contra una mezcla de emociones que no quería examinar demasiado de cerca.

—Sophie es una joven muy especial —dijo cuidadosamente—. Cualquier hombre sería afortunado de ganar su afecto.

—Pero ¿cree que yo tengo alguna posibilidad? —insistió Thomas.

Amy lo miró a los ojos y vio la sinceridad de sus sentimientos. A pesar de su propia confusión emocional, sabía que tenía que ser honesta.

—Creo que Sophie lo admira mucho —dijo finalmente—. Pero también creo que es muy consciente de las diferencias en sus posiciones sociales. Necesitaría estar segura de que sus sentimientos son genuinos y duraderos.

Thomas asintió seriamente.

—Son ambas cosas, se lo aseguro. ¿Me ayudaría a cortejarla apropiadamente?

Amy sintió como si estuviera traicionando algo en su propio corazón, pero asintió.

—Si eso es lo que desea, y si es lo que Sophie desea, entonces sí, la ayudaré.

Esa noche, Amy escribió en su diario:

Hoy Thomas me pidió ayuda para cortejar a Sophie, y acepté. No entiendo por qué siento esta extraña mezcla de tristeza y alegría. Sophie merece ser amada por un hombre bueno, y Thomas claramente es eso. Pero hay algo en mi corazón que duele, como si estuviera perdiendo algo que nunca supe que tenía.